

www.puntodelectura.com

**CAROLE MATTHEWS**

# Me vuelves loca

punto de lectura



Título: Me vuelves loca

Título original: *You drive me crazy*

© 2005, Carole Matthews

Traducción de Mercedes Núñez Salazar

© De esta edición: junio 2008, Punto de Lectura, S.L.

*Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)* [www.puntodelectura.com](http://www.puntodelectura.com)

ISBN: 978-84-663-2058-0

Depósito legal: B-22.973-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Beatriz Tobar

Imagen de portada: Getty Images

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

CAROLE MATTHEWS

# Me vuelves loca

Traducción de Mercedes Núñez Salazar



*A Steve, Edwin Jack Stevens,  
que fue todo cuanto un padre debería ser  
(16 de enero de 1922-20 de agosto de 2004).*



—¿Divorcio? —exhibo mi sonrisa más reconfortante ante el hombre sentado frente a mí.

El desconocido levanta los ojos y, con expresión de sorpresa, pasea la vista a su alrededor para comprobar que no me dirijo a otra persona.

—¿Es a mí?

Hago un gesto afirmativo.

—Eh... sí —responde.

—Yo también —me encojo de hombros, como si fuera una extraordinaria coincidencia el hecho de que ambos, nerviosos, nos hallemos en la sala de espera de un abogado. Llegado este punto, he de aclarar que he frecuentado despachos de abogados en demasiadas ocasiones a lo largo de mi breve y carente de interés vida. Esta sala en concreto resulta más beige de lo habitual —el único respiro proviene de unas llamativas butacas rojas que, con su vibrante toque de color, demuestran que se trata de un bufete a la última moda—. Por las minutos que cobran, la verdad es que habría esperado encontrarme un trono de oro por cliente. Aun así, se trata «sólo» de mi segundo divorcio, por lo que imagino que, en los días que corren, debería sentirme agradecida. El

caso es que ni siquiera la primera vez quise divorciarme, y el hecho de repetir me lleva a sentirme al borde de la desidia.

Hojeo distraídamente un impoluto ejemplar de una de esas revistas de moda gratuitas en las que abundan los anuncios de elegantes boutiques de las que nunca he oído hablar, y cuyos precios no podría permitirme aunque así hubiera sido. La publicación se llama *Estilo Actual* y me pregunto por qué últimamente carezco por completo del mismo. ¿Cómo es que las modelos de los catálogos consiguen resultar impresionantes posando con un simple jersey tostado de cuello vuelto y unos vaqueros de campana desvaídos mientras que yo con el mismo conjunto jamás lo consigo?

Dejo de fingir que estoy leyendo y repaso al resto de los presentes en la sala de espera. Tumley & Goss, abogados de los destinados a arruinarse, no son precisamente conocidos por su estricta puntualidad en lo que respecta a las citas con sus clientes, pero seguro que si pudieran ingeniar una manera de cobrarles el tiempo de espera ya la habrían puesto en práctica.

Devuelvo la atención al hombre sentado enfrente de mí. Él también finge leer *Estilo Actual*, si bien transmite menos credibilidad que yo. Se sacude las rodillas con nerviosismo. Es su primera vez. Entiendo de estas cosas. Yo, Anna Terry, soy experta en los perfiles psicológicos de los ocupantes de las salas de espera de los bufetes de abogados. Las reclamaciones por daños personales, por lo general, se distinguen al vuelo, sobre todo las que acarrearán uno de esos mugrientos collarines que proporciona la Seguridad Social.

—¿La primera vez? —aventuro.

—Sí —responde él, al tiempo que abandona el ejemplar de *Estilo Actual* sobre una silla que tiene al lado—. ¿Y tú?

—La segunda —admito con cierta timidez—. Es como si me estuviera preparando para el Premio Joan Collins por servicios prestados al matrimonio.

No añadido que, mientras tanto, es muy posible que haya pagado con mi propio dinero esas butacas rojo brillante y algún que otro capricho, como, por ejemplo, unas vacaciones en las Bahamas a cada socio del bufete.

—Lo lamento —responde él, y da la impresión de que dice la verdad.

—El mundo está lleno de mujeres más jóvenes, más rubias y con pechos más turgentes —de nuevo, mis hombros se encogen, esta vez tratando de zafarse de la amargura.

Mi colega divorciado arriesga una sonrisa. Si yo me fijara en esa clase de gestos, diría que se trata de una sonrisa encantadora.

—Pues a mí me pareces muy... buena persona.

—Ya, una buena persona —exhalo un suspiro— no es lo mismo que una gatita sexualmente promiscua, ¿verdad?

—Me figuro que no.

—Mis dos ex maridos me consideraban una buena persona —continúo—. Solían decir: «Anna, eres una buena persona, pero...».

—... «Me marchó con una gatita sexualmente promiscua».

Ahora me toca sonreír a mí.

—Eres muy perspicaz.

El caso es que ignoro por completo el paradero de mi actual marido, por llamarlo de alguna manera. Simplemente, desapareció. Sin previo aviso. Yo había salido al supermercado a comprar leche y cuando regresé, diez minutos más tarde, Bruno se había esfumado con la mayor parte de sus camisas y sus mejores vaqueros. Así, por las buenas. No dejó ninguna nota. No llamó por teléfono. Ni que decir tiene que no mandó dinero alguno para vestir o alimentar al fruto de sus órganos genitales. Eso fue hace más de un año y desde entonces he estado intentando localizarle, junto con la Agencia de Ayuda al Menor, se entiende.

—Mi mujer se fugó con un carnicero —relata mi colega.

—Imagino que no resistió la tentación de obtener carne gratuita.

—Es vegetariana.

—Ya —adopto una expresión convenientemente comprensiva—. A veces las mujeres resultan ser criaturas extrañas.

—Supongo que los hombres también —comenta él al tiempo que su teléfono móvil empieza a sonar.

Mientras lo localiza, examino unos carteles en los que se anuncia las sumas que pueden llegar a ganar quienes sean lo bastante afortunados como para sufrir un daño personal que pueda achacarse a la estupidez de otros en lugar de a la propia. Podría convertirme en millonaria en cuestión de minutos si resbalara en una acera helada que el Ayuntamiento no hubiera cubierto de grava o si tropezara en los baches de una calle asfaltada por

un contratista negligente. Tal vez si ruedo escaleras abajo al salir del bufete y sufro un esguince, el señor Tumley o el señor Goss contemplan la posibilidad de pasar por alto mi sustancial minuta.

—Aquí Nick Diamond. Dígame —le dice el hombre a su teléfono.

Nick Diamond. Humm. Trato de no dar la impresión de estar atendiendo a la conversación, si bien, huelga decirlo, es lo que hago.

—Estoy bien —continúa, mientras se vuelve ligeramente hacia un lado. Sabe que estoy escuchando—. Todo irá bien. En serio —entonces baja el tono de voz—: Estoy perfectamente, mamá. De verdad. No te preocupes. Tranquila, no voy a hacer ninguna tontería. Sí, ya lo sé —baja el tono aún más, pero la sala de espera de Tumley & Goss cuenta con una acústica excelente y tengo el oído entrenado para los chismes—: No voy a decir eso. Estoy en un lugar público, mamá. Tengo que dejarte. Adiós. Adiós. Sí. Adiós —vuelve a introducir el móvil en el bolsillo y, chasqueando la lengua, me aclara—: Negocios.

—Ah.

—Ya sabes, un tira y afloja. Esto y aquello. Reuniones internacionales —Nick Diamond se rebulle en su asiento—. Tensión. Estrés.

—No hay nada que explicar —indico yo—. Mi madre también se muere de preocupación por mí.

Me quedo corta con la explicación. Mi madre nos responsabiliza a mí y a mi atormentada vida amorosa de todas sus desgracias, desde las varices a la angina de pecho que aún no ha sufrido, pero que sin duda sufrirá algún día por mi culpa.

Mi colega muestra una expresión de pesar.

—¿Son buenos estos abogados?

—Si te refieres a que si te quedará algo de dinero cuando hayas terminado, en ese caso, no, no son buenos.

—Mi intención es ser razonable en este asunto —comenta mientras sacude la cabeza—. No quiero pelearme con Janine por el dinero.

—Ah, ¿no?

Me lanza una mirada que yo clasificaría de reproche.

—No soy de éstos.

Respondo con un bufido involuntario y acaso demasiado cínico.

—Lo serás.

—Considero que uno puede divorciarse sin volverse amargado y retorcido.

—¡Pero si eso es precisamente lo bueno! —exclamo yo.

Me mira con incredulidad. Se ve a la legua que este hombre es un ingenuo en lo tocante al mundo que le rodea. En particular, en lo que respecta a la separación matrimonial.

—No va en mi naturaleza —insiste él—. También he escuchado el discurso de «Eres una buena persona, pero...».

Mi corazón exhala un suspiro.

—¿Por qué siempre acabarán dejando plantadas a las buenas personas?

—Es uno de esos misterios insondables de la vida —responde—, igual que, por ejemplo, por qué el bombón de crema de café es siempre el último que queda en la caja.

Me echo a reír. De pronto caigo en la cuenta de que hacía mucho que no me reía. Sobre todo en un bufete de abogados.

—¿Hijos? —pregunta Nick Diamond.

—No. No. No. Ah, no. Ninguno.

—Yo tampoco.

Doy una palmada.

—Genial. Los dos somos jóvenes, libres y solteros.

—Supongo que sí —de pronto Nick adopta un tono de tristeza—: Aunque me hubiera gustado ser padre. De dos hijos: un niño y una niña —se muestra un tanto avergonzado por la confesión—. Es con lo que sueña todo el mundo, ¿verdad? Excepto Janine. Es una fanática del mantenimiento físico. Le horrorizan las estrías.

—¿A quién no? Los hijos te arruinan la figura —me aclaro la garganta—. Eso he oído.

—Dicen que los pechos turgentes son lo primero que se pierde.

Ambos soltamos una risita nerviosa.

—Confío en que no tarden mucho más —comento mientras lanzo una ansiosa mirada al reloj—. Esta tarde tengo una entrevista en una agencia de empleo.

—¿Un cambio de profesión?

—Algo parecido: llevo años sin trabajar.

—¿Marido rico?

—Eh..., forrado.

Da igual que Bruno no haya tenido nunca dónde caerse muerto y me haya dejado en la ruina. No puedo confesar a mi flamante amigo mi condición de ama de casa que se pasa la vida cuidando de dos hijos hiperactivos

cuando acabo de negar su misma existencia. ¿Qué clase de madre soy, por todos los santos? A los treinta y tres ya me siento como una anciana decrepita, y no exagero. Primero tuve a Poppy. Aunque se supone que tiene diez años, últimamente ha madurado mentalmente a tal velocidad que, a efectos prácticos, me he convertido en una mujer que ronda los cincuenta y seis, lo que no me resulta del todo descabellado. Connor aún no ha cumplido dos años. Está destinado a ser un hombre; por lo tanto, jamás madurará lo más mínimo.

—Por lo que veo, llevas una vida de ocio y placer.

—Desde por la mañana hasta por la noche —ya me gustaría a mí. ¿Por qué no soy capaz de confesarlo todo, de decirle que soy una madre sin pareja que se las ve moradas para salir adelante?—. Por ese motivo no estoy preparada para el mundo laboral. Para ser sincera, tampoco siento mucha inclinación hacia el trabajo, aunque ahora no me queda otra elección.

—¿Qué me dices de vuestro acuerdo de divorcio? Sin duda tu marido querrá cuidar de ti.

—La única persona a la que Bruno ha querido cuidar ha sido a él mismo —respondo—. En la actualidad, estoy tratando de divorciarme de él durante su ausencia. Se largó, sin más.

—Lo siento —Nick Diamond me mira con amabilidad—. Seguro que encontrarás algún empleo.

—Sí, seguro —finjo una despreocupación que no siento—. No se me ocurre nada peor que pasarme el día entero encerrada en una oficina diminuta —con la excepción de pasarme el día entero cuidando de los niños, quiero decir.

Simultáneamente, dos secretarias asoman la cabeza por detrás de sendas puertas de despacho. Visten traje de chaqueta de color beige con blusa roja, a juego con la decoración, y se ve a las claras que no se han beneficiado de los consejos encerrados en las páginas de *Estilo Actual*.

—Señora Terry —dice una.

—Señor Diamond —gorjea la otra.

Acto seguido, ambas se quedan revoloteando junto a sus respectivas puertas de despacho, a través de las cuales obtendremos acceso al sanctasantórum —o la máquina de hacer dinero, según la expresión que tiendo a utilizar.

Ambos nos ponemos de pie.

—Bueno... —dice Nick.

—Bueno...

—Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo.

Nick titubea antes de seguir:

—Quizá podríamos... No, en fin..., da igual —lanza una mirada inquieta a las empleadas, que permanecen en actitud de espera—. Seguro que llevas una vida social delirante, ahora que eres joven, libre y soltera.

—Sí, claro —un inocente farol dedicado a las secretarias, que sí parecen jóvenes, libres y solteras y no sacos de lástima que se pasan la noche frente al televisor viendo antiguos vídeos de Disney con una copa de vino barato y una chocolatina Mars por toda compañía. Nick adquiere una expresión de desaliento, y de pronto caigo en la cuenta de lo que acabo de decir—. No, qué va, nada de eso.

Pero mi oportunidad ha pasado.

Alarga el brazo y me estrecha la mano mientras las jóvenes a la espera empiezan a dar golpecitos en el suelo con sus pies corporativos.

—Buena suerte con tu entrevista. Espero que consigas un trabajo fabuloso.

Qué más quisiera yo.

—Gracias. Que tengas suerte y no pierdas tu empresa internacional. Ni la camisa.

Intercambiamos una tímida sonrisa.

—Gracias —responde.

Ambos respiramos hondo. Parece tan buena persona que me pregunto cómo ha podido merecerse esto. Observo cómo desaparece en el despacho de su buitre —perdón, de su abogado— antes de lanzarme en plancha, una vez más, al crudo y desagradable mundo del divorcio.

Vivo en Milton Keynes, la ciudad de más rápido crecimiento de todo el Reino Unido. Se trata de una zona vibrante que recuerda a una porción de Norteamérica plantada en mitad del apacible y verde paisaje de Buckinghamshire. En realidad, yo aquí soy una excepción, en el sentido de que llegué antes de que se hubiera convertido en una nueva metrópoli, cuando no era más que un guiño en el ojo de un planificador urbanístico y no existían redes viales, centros comerciales ni urbanizaciones, tan sólo barro, vacas y campos de labranza.

Abandono el ambiente caldeado del bufete de Tumley & Goss —se nota que no les preocupa la factura de la calefacción— y salgo al aire frío y cortante de Midsummer Boulevard. En el centro de la ciudad todas las calles son perfectamente rectas, lo que asegura que cada ráfaga de viento se canalice hacia las viandantes lo bastante imprudentes como para llevar falda en pleno invierno; por ejemplo, yo. En cuestión de segundos las rodillas se me vuelven azules y se me congelan. Avanzo calle arriba a grandes zancadas, ciñéndome el abrigo al cuerpo, y por fin consigo acceder a otro de los edificios de acero inoxidable y cristal que caracterizan el estilo arquitectónico de la localidad.

Después del trauma sufrido en el despacho del abogado no me siento con fuerzas para someterme a otra humillación a manos de la agencia de empleo. No he estado antes en uno de estos lugares, pero las hileras de ordenadores susurrantes me intimidan, por no hablar de las filas de mujeres de aspecto eficiente que se sientan frente a ellos. Todas lucen un bronceado artificial y da la impresión de que se pasan el día sentadas con los glúteos contraídos. Además, se las ve mucho más elegantes que a mí, y eso que la chaqueta que llevo es la mejor que tengo, sin comparación posible. Eso sí, más que del invierno pasado parece de hace un siglo. Cuando consiga un trabajo fabuloso, antes de nada, saldré corriendo a comprarme un traje oscuro de dos piezas, de firma y escandalosamente caro. En una tienda de saldos, claro está.

Proporciono mis datos personales a la recepcionista y luego me siento en una de las mesas frente a la adorable Leone, según las instrucciones que acabo de recibir.

—Hola —me brinda una fugaz sonrisa y queda patente que es lo máximo que sus galanterías dan de sí—.  
¿Nombre y domicilio?

Me las arreglo para contestar sin excesiva dificultad y los recito de tirón. Incluso añado mi número de teléfono, sin un solo fallo, mientras Leone teclea sin parar.

Se digna a levantar los ojos en mi dirección.

—¿Experiencia previa?

¿Quiere saber si soy capaz de producir en serie comidas nutritivas con un presupuesto exiguo y una alarmante regularidad o si soy un hacha con la aspiradora, o acaso si convierto a un niño histérico y llorón

en un ángel con la única ayuda de un paquete de M&M's? ¿O quizá debería abreviar y contarle exactamente con cuántos hombres me he acostado? Me temo que en esa sección tampoco cuento con una experiencia dilatada. No necesito quitarme los calcetines para contar el número de parejas que he tenido: una por pie, y me he casado en ambos casos.

—¿Empleos? —insiste ella mientras yo continúo meditando la respuesta.

—Ah, sí. Ninguno —que yo recuerde, al menos últimamente. No creo que una temporada como limpiadora de oficinas o cajera de un supermercado hace más de diez años sea algo de lo que jactarse en mi actual situación.

De repente deja de teclear.

—¿De modo que carece de experiencia?

Un silencio desciende por toda la agencia de empleo y percibo que los bronceados palidecen.

—Tengo mucha experiencia —afirmo con tanta arrogancia como soy capaz de reunir—, aunque no en el sentido laboral de la palabra.

Leone pierde la ligera sonrisa que ha conseguido esbozar.

—Entonces no habrá traído usted un currículum.

—No —respondo—, pero puedo redactar uno. Tengo un título en Ciencias Empresariales —abrigo la esperanza de que no me pida ninguna prueba de ello, ya que hice un ciclo de Formación Profesional de administración y finanzas en la escuela universitaria de mi localidad; pero resultó muy interesante y acabé la primera de la clase.

—Eso es como tener coche y no saber conducir —señala ella.

—¡Venga ya! —mi paciencia patina sobre una fina capa de hielo—. Tiene que existir algún trabajo que no requiera conocimientos ni inteligencia ni especialización, pero con el que se gane un montón de dinero.

Leone me enseña los dientes.

—En efecto, existe —responde—, pero para eso lo que se necesita es un proxeneta, y no un asesor de empleo.

Es evidente que estoy malgastando mi valioso tiempo y el de Leone, de modo que me levanto para marcharme.

—Gracias —le digo—. Muchísimas gracias.

Si el Gobierno pretende que las madres sin pareja salgan de casa y vuelvan al trabajo fuera del hogar, más le valdría hacer algo con las brujas engreídas como Leone. Pero claro, como ya sabemos todos por la prensa diaria, nosotros, los progenitores de las familias monoparentales, somos el azote de la nación, junto con los solicitantes de plazas en centros de acogida, los mendigos, los drogadicto y los conductores de Opel Corsa. Confío en que Leone tenga hijos algún día y los embarazos echen a perder su figura, y que luego su marido —a quien ella todavía amará— la abandone, y se vea obligada a vivir de la beneficencia. Eso le borraría la sonrisa de su carita coqueta. Y espero que algún día, cuando intente desesperadamente salir a flote por sí misma, alguien la trate de manera tan desagradable como ella me ha tratado a mí.

Por descontado, no digo nada de esto y empiezo a moverme furtivamente hacia la salida, abochornada y echando chispas.

Conforme llego a la puerta, me dice:

—Un momento —saca un folio de la impresora—. Hay un empleo...

Cojo la hoja de papel y la examino, tratando por todos los medios de parecer interesada y de que no se note que estoy a punto de echarme a llorar.

—No está mal —comento. La verdad es que sí está mal; es peor que pésimo. Pero estoy aprendiendo a toda velocidad que en lo tocante a los mendigos (y las madres sin pareja) cuando hay hambre no hay pan duro—. Puede que me interese.

—Un momento —dice Leone, y me quita el papel de las manos—. La duda es si a ellos les puede interesar usted.

Nick Diamond se frotó las manos, en parte para celebrar que era el dueño de todo cuanto tenía a la vista y en parte porque hacía un frío que congelaba los testículos. Una tienda de coches de segunda mano que hacía esquina en una transitada calle a las afueras de la ciudad tal vez no fuera un gran imperio, pero era de su propiedad y eso le proporcionaba una cierta dosis de orgullo.

Desde un punto de vista técnico, el banco era propietario de la mayor parte, pero todo sería de Nick algún día: el día que terminara de pagar sus astronómicas deudas. A pesar del catastrofismo que rodeaba el divorcio, su abogado le había comunicado que podía conservar el negocio siempre que cediera la casa a Janine, en la actualidad su esposa separada. No se trataba del más equitativo de los acuerdos, pero resultaba la opción menos dolorosa. Ya que no tenían hijos, la casa no estaba catalogada como hogar familiar; no era más que una pila de ladrillos y cemento de la que podían disponer entre los dos como encontrasen conveniente. En cualquier caso, Nick no se imaginaba a sí mismo viviendo a solas en una casa que encerraba tantos recuerdos de su pasado

en pareja. A modo de consuelo, dio unas palmaditas en el capó de un viejo Mondeo. Sus automóviles constituían un pobre sustituto de los hijos que nunca tuvo, pero por el momento eran lo único con lo que contaba.

Una pareja de ancianos atravesaba el patio de exposición con paso vacilante, abriéndose camino entre los vehículos. Ambos iban encorvados y tenían aspecto frágil. Le recordaron a sus propios abuelos, cuando vivían, y Nick esbozó una afectuosa sonrisa en dirección a los recién llegados. Tiempo atrás, había albergado la esperanza de que Janine y él mismo envejecieran y se arrugaran juntos; pero ahora ya no era posible. Ni siquiera habían conseguido alcanzar juntos el aumento de peso propio de la mediana edad.

—Si necesitan ayuda, díganmelo —indicó Nick a la pareja elevando la voz.

—Sólo estamos mirando —respondió el hombre mientras su esposa sonreía con afabilidad—, si no le importa.

—Claro que no —respondió Nick—. Tómense el tiempo que quieran.

Resultaba desgarrador. ¿Cómo podía vender un coche a personas como aquellas, que, por lo que se veía, a duras penas podrían permitirse tal gasto? Ambos ancianos vestían abrigo deshilachados de paño fino, y eso que soplaba un viento gélido. Nick decidió llevarles a la oficina —una destartalada caseta prefabricada situada al fondo del solar— y ofrecerles un té caliente con galletas digestivas ligeramente reblandecidas. No sin remordimiento, hundió las manos en los bolsillos de su confortable cazadora North Face.

Nunca había imaginado que se convertiría en vendedor de automóviles, aunque en realidad nunca había imaginado que se dedicaría a nada en concreto; probablemente ése era el motivo por el que su carrera profesional había carecido de cierta dosis de orientación y de empuje. Como resultado, había vagado sin rumbo a través del engañoso mundo de la venta inmobiliaria y había caminado por las procelosas aguas de la exportación —que jamás llegó a entender, desde el día que empezó hasta el día en que le invitaron a marcharse— hasta que, varios empleos más tarde, se descubrió a sí mismo en el mundo marginalmente más entretenido de la venta de vehículos. Al fin y al cabo, todos esos años enganchado a la revista *Top Gear* habían dado sus dividendos.

Nick había trabajado durante tres años en un importante concesionario que vendía costosos y brillantes automóviles a clientes selectos con presupuestos corporativos. Después, a los treinta años —peligroso momento en la vida de un hombre—, la tentación de dirigir su propio negocio se presentó en la forma de «Behículos de segunda mano varatos y risueños» (sic).

Janine le había apremiado a que progresara en la vida, y la visión del progreso que ella tenía pasaba por rechazar un salario considerable, bonificaciones regulares —también considerables— y una selección de relucientes coches de la empresa a cambio de instalarse en el estado permanentemente empobrecido y precario de los trabajadores autónomos. La tienda de automóviles de ocasión tenía «potencial», según aseguraba Janine. «¿Potencial para qué?», se preguntaba Nick. Acaso para convertirse en la manzana de la discordia del matrimonio,

ya entonces en rápida decadencia. Aun así, semejante la-  
situd hacia su propio negocio iba a cambiar. Ahora que  
Nick sabía que su comercio de coches usados estaba ase-  
gurado para el futuro previsible, podía empezar a pro-  
gresar. En un corto espacio de tiempo, la palabra «em-  
presario» rondaría los labios de la gente cuando Nick  
Diamond saliera a colación.

La pareja de ancianos se acercaba hacia él arrastran-  
do los pies. Ambos daban vueltas alrededor de un viejo  
Rover que, al igual que ellos mismos, había conocido  
mejores tiempos.

—¿Han visto algo que les guste? —preguntó Nick.

—Sí —respondió el hombre—. Creo que nos que-  
daremos con éste.

—De acuerdo —repuso Nick—. Iré a buscar las lla-  
ves y les llevaré a dar una vuelta para probarlo.

—No, no —replicó el hombre—. No queremos  
causarle ninguna molestia; sólo queremos comprarlo.

—Pero primero tendrán que probarlo.

—Ah, no —intervino la esposa con voz cantarina—.  
¡Qué responsabilidad tan grande!

—Tienen que hacerlo —insistió Nick—. Si lo  
probaran, se darían cuenta de que hay que cambiar el  
embrague y de que uno de los amortiguadores está he-  
cho polvo.

—¡Vaya por Dios! —la pareja intercambió una mi-  
rada temerosa—. La reparación va a resultar muy cara.

—Así es —confirmó Nick.

—Bueno... —el hombre se rascó la barbilla—. A mi  
esposa le gusta el color, así que nos lo llevaremos de to-  
das formas.

—¿Seguro que no puedo disuadirles? Hay otros vehículos mucho mejores.

—No. Nos gusta éste.

—Muy bien —Nick se sintió como quien le roba caramelos a un niño—. ¿Cuánto piensan ofrecerme?

—¿Ofrecerle? —la pareja volvió a intercambiar otra mirada de preocupación—. Estamos dispuestos a pagar lo que pone en el parabrisas.

—Pero si es un precio escandaloso —replicó Nick—; unas quinientas libras por encima de su valor.

—¿De verdad? —el hombre estaba perplejo.

—Es un atraco en toda regla, caballero.

—Las cosas ya no son lo que eran —el anciano sacudió la cabeza—. Hoy en día, el negocio es el negocio.

—El proceso es el siguiente —explicó Nick con voz amable—: yo pongo a los coches un precio abusivo y luego los clientes tratan de echarme por tierra...

—Entiendo —la expresión de preocupación se hizo más profunda—. Pero yo sería incapaz.

—Pues debería hacerlo, se lo aseguro. Cuento con ello. Vamos, inténtelo.

La esposa colocó una mano en el brazo de su marido.

—Ron, no puedes hacer eso.

—Por favor —Nick era consciente de que empezaba a suplicar—, haga un esfuerzo.

—Bueno —dijo el hombre—, ya que insiste...

Sin previo aviso, el hombre lanzó al aire un puño huesudo y golpeó a Nick de lleno en la barbilla. Fue como si le hubiera vapuleado el mismísimo Frank Bruno, o acaso un tren a toda velocidad. Nick notó que las piernas le flaqueaban y que un círculo de pájaros piaba alrededor

de su cabeza. La pareja le miraba desde lo alto, con una amplia sonrisa en los labios.

—¿Cuándo fue exactamente la última vez que compraron un coche? —preguntó Nick al tiempo que se masajeaba la mandíbula en un intento por colocarla en su sitio.

Estoy sentada en la cocina de mi amiga Sophie, sujetando una merecida taza de té y un hijo que no para de retorcerse. Sophie y yo somos amigas de toda la vida y desde la escuela primaria hemos pasado los momentos cruciales de nuestras respectivas existencias en amable compañía. Nuestras disputas, por suerte, han sido contadas. Ahora residimos en zonas vecinas —yo, en Emerson Valley; Sophie, en Furzton Lake—. Juntas, pero no revueltas, no sé si me explico. De niñas vivíamos en la misma calle, lo que tal vez de adultas resultaría una cercanía excesiva. Si yo tuviera una hermana, seguro que no se preocuparía por mí tanto como ella.

Últimamente Sophie se ha elevado desde el nivel de mejor amiga a un estadio que se aproxima a la santidad, ya que ha aceptado cuidar de Connor a diario y sin cobrarme nada mientras intento reconstruir mi vida, y se presta a ello a pesar de tener dos monstruos propios con los que lidiar. Me faltan palabras para expresar mi gratitud. Sophie me proporcionó un salvavidas cuando empezaba a hundirme entre las olas de las deudas y la desesperación.

Disminuyo el tono de voz y tapo con las manos los oídos de Connor para que no escuche mi siguiente confesión:

—Le dije que no tenía hijos.

—¡Qué más quisieras!

—¿Qué clase de madre soy?

—La habitual —respondió Sophie—. Yo les quiero mucho, pero si volviera a empezar...

—Lo único que me impulsa a seguir adelante son los niños —comento con voz temblorosa—. No sé qué haría sin ellos. Ellos me mantienen en mis cabales.

—Y la sola idea resulta terrorífica —Sophie bebe un sorbo de té—. Pero dime, ¿cómo es ese hombre del bufete de abogados?

—Lleva el sello de «buena persona» estampado en la frente.

—¿Buena persona? Más detalles, por favor.

—Alto. Delgado. Moreno. Acicalado.

—¿Acicalado? —Sophie suelta una carcajada—. Es la clase de palabra que utilizaría mi madre.

Me encojo de hombros. ¿Qué más puedo decir de él?

—No es guapo de morir. No es feo de pecado. No tiene facciones marcadas. No resalta por nada en particular. Pero resulta agradable. Una buena persona, sin más.

—¿Acaso no le dijiste que no te van las buenas personas, que sólo te relacionas con hijos de puta?

—No sé lo que le dije —admito. Para consolarme, cojo otro barquillo de chocolate. De inmediato, Connor me lo quita y se lo mete por la nariz—. Fue muy raro. Se me ha olvidado cómo se habla con los hombres.

—Porque te has acostumbrado a gritarles, me imagino.

Saco el barquillo de la nariz de Connor y lo limpio con la manga antes de introducirlo por el orificio correcto,

mientras trato de convencerme de que un cierto número de gérmenes es beneficioso para su sistema inmunológico.

—Odio estar divorciada.

—Odio estar casada —apunta Sophie con voz monocorde.

Y no bromea más que a medias. Lleva diez años con Tom, siete de ellos casada. Se me puede tachar de supersticiosa, pero estoy convencida de que la crisis de los siete años es un fenómeno auténtico. Ya no son lo que se dice una pareja de tortolitos. El mismo ambiente de su casa es el de una pareja que se ha vuelto descuidada. Todo se ve destartado, raído y un tanto desportillado.

—¿Qué tal en la agencia de empleo?

—Ha sido una experiencia desmoralizante —frunzo los labios, consternada—. A pesar de que he conseguido sobrevivir hasta la tierna edad de treinta y tres años y sigo sana de cuerpo y alma, aunque sea capaz de mantenerme a mí misma y a mis dos hijos a través de los altibajos de esta existencia a la que chistosamente llamamos vida, no sirvo para nada en el mercado laboral.

—¿Para nada en absoluto?

—Bueno, hay un empleo. Mañana tengo la entrevista. Tiene una pinta deprimente, te lo aseguro. La mujer de la agencia también me sugirió que contemplara la posibilidad de hacerme prostituta.

—Hay trabajos peores —responde sabiamente Sophie.

—¿Por ejemplo?

—Abogado especialista en divorcios.

—¡Puaj!

Ambas escupimos como si tuviéramos algo asqueroso en la boca. Connor se une a nosotras, sólo que en su boca sí que hay algo asqueroso. Una masa de barquillo, apelmazada y a medio masticar, me aterriza en las rodillas.

—Yo pondría ahí también a los asesores de las oficinas empleo —le comento—. Era una bruja. Me miraba como si yo fuera la típica madre sin pareja: dos divorcios en su haber, dos hijos de padres diferentes, en definitiva, una irresponsable.

—No iba desencaminada —apunta Sophie.

Técnicamente tiene razón, pero desde mi perspectiva se ve de otra manera. Mi primer matrimonio no duró tanto como mi repentino e inesperado embarazo, exclusiva razón por la que se celebró la boda. Yo estaba tomando la píldora, así que por poco me muero del susto cuando, después de saltarme un par de menstruaciones, caí en la cuenta de que el motivo por el que los vaqueros no me abrochaban no tenía que ver con el aumento de mi consumo de chocolate.

Mi marido, Steve, desapareció justo antes de que nuestra querida hija Poppy llegara a este mundo, y no he vuelto a verlo desde entonces. Hoy en día sigo sin saber por qué se marchó. No teníamos dinero ni casa propia y venía un hijo en camino, pero ¿son razones suficientes para hacer las maletas y salir corriendo? A los veintitrés años, puede que sí. Me enteré de que se había mudado a Brighton y realizaba trabajos temporales en los hoteles, aunque no tengo ni idea de si es verdad o no. De modo que me vi obligada a criar a Poppy yo sola. Por desgracia, esto sucedió antes de que se pusieran de moda los matrimonios de prueba y las madres sin pareja famosas.

Bruno era harina de otro costal. Tuvimos un apasionado romance seguido de una boda organizada a toda velocidad. Ya se sabe lo que dicen de las bodas apresuradas... Bueno, pues es cierto. Desde entonces, no he dejado de arrepentirme. Conocí a Bruno cuando Poppy apenas andaba, en una de esas escasas noches que salí con Sophie tras haber convencido a mi madre para que ejerciera de canguro. Ahora que soy capaz de pensarlo con calma, estoy convencida de que no hacía más que buscar otro padre para Poppy, aunque Dios sabrá por qué consideré que un granuja impenitente como Bruno tenía madera de progenitor. Tal vez yo debería haber sospechado que algo no encajaba cuando me pidió en matrimonio estando borracho. Resulta evidente que la instalación eléctrica de mi radar es defectuosa a la hora de detectar sinvergüenzas.

Nuestra relación podría clasificarse como voluble, por decirlo con educación, y durante un breve periodo de armonía en el que Bruno pasaba más tiempo en mi cama que en la de otra persona, nació Connor. Pero Bruno jamás permitió que la paternidad ni el matrimonio pusieran freno a sus instintos naturales, por lo cual, a pesar de mi sueño de una vida familiar idílica, me quedé sola criando a los niños.

—Me he sentido una inútil —le cuento a Sophie—. He tenido que redactar un currículum. Ha sido espantoso. Me he inventado un montón de cosas.

—Es lo que hace todo el mundo —asegura mi amiga, que tampoco ha trabajado en los últimos años—. Que eso no te quite el sueño.

Sin embargo, seguramente me lo quitará.

—De todas formas —dice Sophie con aire pensativo—, yo me pensaría lo de hacerme prostituta. Ni siquiera en esta misma casa puedo ejercer sin cobrar nada.

—Pues da las gracias —zarandeo a Connor, que empieza a impacientarse por no tener la distracción de un tentempié que introducirse en el cuerpo—. Si alguna vez quisiera encontrar a otro hombre, tendría que volver a las citas. ¡Qué horror! Me espanta la idea de regresar a la vertiginosa ronda de cena, besuqueo y sexo. ¡Espera! A veces ni siquiera hay cena.

¿Por qué será que a algunas mujeres las invitan siempre a los mejores restaurantes y se las llevan a lugares exóticos con cualquier pretexto, mientras que a otras mujeres jamás les ocurre? Esta vez necesito un hombre que alimente a la diosa que llevo en mi interior. Y ya que mi diosa interior sólo necesita chocolate a intervalos regulares, no creo que sea tan complicado.

Sophie adquiere una expresión melancólica.

—Suena fabuloso —dice—. Excitante. Salvaje, temerario, desinhibido.

—Pues nada de eso —niego con la cabeza—. Es angustioso, caro y horrible. Lo que pasa es que se te ha olvidado. Da gracias por lo que tienes.

—¿Te refieres a un marido más ligado emocionalmente a David Beckham que a mí? Sí, de acuerdo.

—Tom no está tan mal —miento yo.

Sí lo está. El marido de Sophie me agrada como persona, pero no se podría clasificar como un amante ardoroso. Trata a Sophie como si mi amiga fuera invisible. Ella dice que tiene que mirarse en el espejo cada diez minutos sólo para comprobar que sigue ahí.

—Podría atravesar el salón bailando desnuda con una rosa entre los dientes, y Tom no se daría ni cuenta. Se limitaría a decir que le tapo la pantalla del televisor.

No le falta razón. Puedes llegar a su casa a cualquier hora del día o de la noche y encontrarte a Tom pegado al mismo asiento del sofá, rodeado de mandos a distancia y bolsas de patatas fritas. Homer Simpson es mucho más animado que Tom King.

—Lo que pasa es que os aburrís mutuamente.

—Ojalá fuera tan sencillo —responde ella de forma enigmática—. Y dime, ¿vas a volver a ver a esa «buena persona»?

—Nick —puntualizo yo—, se llama Nick Diamond. Y no, me figuro que no volveré a verle. A menos que otra vez tengamos citas simultáneas con nuestros respectivos abogados.

—Cualquier actividad simultánea me vendría bien estos días —suspira Sophie—. ¿Sigues sin saber nada de Bruno?

—Nada en absoluto. Según el abogado, debería pensar en contratar un detective privado para que lo localice.

—¡Ay, Anna! —mi amiga me coge de la mano.

—No me hables así o me echo a llorar.

—Dentro de poco todo este asunto se habrá arreglado y tendrás un nuevo empleo fabuloso y un hombre nuevo que será una buena persona.

—Sí. Mientras tanto, tendré que conformarme con un par de mocosos que necesitan ser sometidos a tortura.

Me levanto y me planto a Connor a la cadera, aunque ya es demasiado grande para seguir cargando con él.

Los hombres empiezan a dejarse querer a una edad muy temprana. Me despido de Sophie con un beso.

—Di adiós a tita Sophie.

—*Adios* a tita Sophie —cecea Connor.

—Lo traeré otra vez mañana para poder ir a esa entrevista de trabajo.

—Estupendo —dice Sophie—. Aquí estaré. El mismo lugar, la misma mierda.